

---

Fernán González, S. J.

## MENSAJE DEL PAPA AL MUNDO UNIVERSITARIO

---

Este discurso papal fue dirigido a los rectores, profesores y universitarios en Guatemala el 7 de marzo de 1983, con el fin de reflexionar juntos sobre las *relaciones de la Iglesia con la universidad*, como prueba del interés de la Iglesia "para la misión indispensable de la Universidad en la sociedad actual".

El Sumo Pontífice inicia su discurso recordando los lazos históricos entre la Iglesia y la universidad; la universidad europea nació en el seno mismo de la Iglesia con centros como Bolonia, París, Oxford, Praga, Craconia, Salamanca y Coimbra, que desempeñaron un encomiable papel en la maduración de la cultura europea (n. 1). Lo mismo ocurrió en el Nuevo Mundo con las universidades de Santo Domingo, Lima, Méjico, Sucre, Quito, La Javeriana de Bogotá, la de Córdoba y la Universidad de San Carlos en Guatemala (n. 2). Anota a continuación que su intención no es hacer la apología de una época que, como todas, conoció éxitos y dificultades, sino subrayar *la función de la Iglesia en esta experiencia secular*, a través de las universidades. A través de ellas, la Iglesia trató de cultivar las ciencias profanas y sagradas para profundizar la obra de Dios y servir a la sociedad mediante la formación de personas altamente calificadas para cubrir las necesidades específicas de las sociedades del Nuevo Continente (n. 3).

Siguiendo esta función, la Iglesia recordaba constantemente que la *función de la universidad era* “defender al hombre, sus derechos y su libertad”: en este punto, el Papa evoca la figura del obispo Francisco de Marroquín, para quien la universidad debía consagrarse al progreso de las ciencias divinas y humanas y a la defensa de los derechos del hombre. Este espíritu contribuyó, según Juan Pablo II, a “la eclosión de una cultura original, abierta al servicio del hombre latinoamericano y a la promoción de su propia autonomía” (n. 4). Así, las universidades ligadas a la Iglesia contribuyeron “a la difusión de un humanismo enraizado en el rico humus cultural de nuestras regiones”, como lo muestran José Celestino Mutis en Bogotá y Rafael Landívar en Guatemala, lo mismo que las exploraciones e investigaciones de los misioneros sobre las grandes civilizaciones precolombinas: gracias a ello, estas culturas son hoy mejor comprendidas (n. 5).

*Estos lazos entre la historia universitaria y la vida de la Iglesia han sido rotos* por “las circunstancias y evoluciones políticas” que han suscitado conflictos e “incomprensiones recíprocas”. A pesar de estos problemas, el Papa sostiene que *existe “una real connaturalidad entre la Iglesia y la universidad; ambas se consagran, a su manera propia, a la búsqueda de la verdad, al progreso del espíritu, los valores universales, a la comprensión y desarrollo integral del hombre, a la exploración de los misterios del universo”*. Ambas quieren servir desinteresadamente al hombre: la Iglesia enseña que hay que defender de las amenazas actuales a la persona humana, creada a imagen de Dios, y pide a los universitarios que la defiendan juntos. El Papa considera que *la universidad es, por vocación, “una institución desinteresada y libre”, “una de las pocas instituciones de la sociedad capaces de defender con la Iglesia al hombre por sí mismo: sin subterfugios, sin otro pretexto y por la sola razón de que el hombre posee una dignidad única”*. Este es el “humanismo superior” que enseña la Iglesia y ofrece como tarea al mundo universitario, al cual exhorta a convertirse en “artífice de la civilización del amor”, “la única capaz de evitar que el hombre sea un enemigo para el hombre”. (n. 6).

Por eso, *es necesario favorecer las condiciones de un fecundo diálogo entre Iglesia y universidad*: la universidad, en la plenitud de su justa autonomía y en un contexto jurídico y civil diferentes de los del pasado, puede tener interés en la “riquez-

sima antropología” del Vaticano II, que se presenta como respuesta a las angustias y esperanzas del mundo moderno, sediento de liberación y de fraternidad.

Para ese diálogo, las *universidades católicas*, a partir de su vocación e identidad cristianas, *tienen la misión de profundizar en los fundamentos divino-humanos de esa antropología liberadora* que considera al hombre en su cuerpo y su espíritu. A partir de esa antropología, las universidades católicas quieren también entablar un “diálogo original con todos los hombres y mujeres de buena voluntad”, que están invitados a compartir la visión moral y espiritual que la Iglesia tiene del hombre: así se lograrán superar las contradicciones de nuestra época y evitar el drama de guerras absurdas y fratricidas. De lo contrario, el hombre continuará explotando al hombre y sometiendo al “juego cruel de los intereses o de las ideologías”.

El Papa ha comprobado personalmente, a través de sus encuentros con los hombres y mujeres del mundo de la ciencia y cultura, que este lenguaje a nadie deja indiferente: todos comprenden que hay que superar antiguas divisiones y enfrentamientos para defender al hombre desinteresadamente. Juan Pablo II considera que la *universidad faltaría a su vocación* si se cerrara al sentido de lo absoluto y trascendente: limitaría arbitrariamente la investigación de la realidad y perjudicaría al hombre mismo, cuya aspiración más alta es conocer lo verdadero, lo bueno y lo bello y esperar en un destino que lo trascienda. Así, la universidad “debe convertirse en el *testimonio de la verdad y la justicia y reflejar la conciencia moral de una nación*”.

En esta línea, afirma el Pontífice, *los universitarios, intelectuales y educadores pueden ejercer un considerable peso en la lucha por la justicia social*, usando los medios de la misma justicia, llevando a cabo “todas las mejorías que impone la ética en las relaciones económicas y sociales”, evitando al mismo tiempo “las violencias destructoras de los enfrentamientos revolucionarios”. La universidad tiene “un inmenso poder moral para defender la justicia y el derecho, actuando en conformidad con sus propios medios, que son los del saber competente y de la educación moral”.

El Papa hace *una llamada especial a los católicos* para que inventen los caminos del nuevo diálogo entre la Iglesia y el mundo universitario, científico, cultural, que es una tarea esencial para la Iglesia y las naciones latinoamericanas. Recuerda nuevamente la misión especial de las universidades católicas y llama a los católicos que trabajen en otras universidades y centros de investigación para que "todos unidos defendamos al hombre intelectual y colectivo". (n. 7).

Termina el Pontífice recordando que estas consideraciones lo habían llevado a crear el *Pontificio Consejo para la Cultura*, con el doble fin de dar un impulso a la Iglesia en "tan importantes materias y testimoniar el gran interés que la Santa Sede presta al diálogo de las culturas y a la promoción intelectual del hombre". (n. 8).

#### Apartes de su discurso

##### — Función de la universidad

La Iglesia recordaba a menudo que la función de la universidad era la de *defender al hombre, sus derechos y su libertad*. Baste evocar aquí la voz profética del gran obispo Francisco de Marroquín que, cien años antes de la creación de la prestigiosa universidad San Carlos de Guatemala, proclamaba la misión cristiana y humana de la universidad; que hizo todo lo posible para facilitar su creación futura, dejando incluso dotes para tal fin.

Para él, la universidad debía consagrarse al progreso de las ciencias divinas y humanas, y a la defensa de los derechos del hombre. Este espíritu, recordado constantemente por la Iglesia, contribuyó a la eclosión de una cultura original, abierta al *servicio del hombre latinoamericano* y a la promoción de su propia identidad. (n. 4).

##### — Nuevo humanismo

Estas universidades contribuyeron a la difusión de un *humanismo enraizado en el rico humus cultural de vuestras regiones*. (n. 5).

##### — Connaturalidad entre universidad e Iglesia

Se puede decir pues que *la historia universitaria en vuestros países ha estado por bastante tiempo unida a la vida de la Iglesia*.

Si las circunstancias y las evoluciones políticas han podido romper luego estos lazos y suscitar incomprendiones recíprocas, hay que reconocer, no obstante, *que entre la universidad y la Iglesia existe una real connaturalidad.*

En efecto, la universidad y la Iglesia se consagran, cada una según su manera propia, a la búsqueda de la verdad, al progreso del espíritu, a los valores universales, a la comprensión y al desarrollo integral del hombre, a la exploración de los misterios del universo. En una palabra, la universidad y la Iglesia quieren servir al hombre desinteresadamente, tratando de responder a sus aspiraciones morales e intelectuales más altas. La Iglesia enseña que la persona humana, creada a imagen de Dios, tiene una dignidad única, que es necesario defender contra todas las amenazas que, sobre todo actualmente, acechan con destruir al hombre en su ser físico y moral, individual y colectivo.

La Iglesia se dirige muy en particular a los actuales universitarios para decirles: *tratemos de defender juntos al hombre en sí mismo, cuya dignidad y honor están seriamente amenazados.* La universidad, que por vocación es una institución desinteresada y libre, se presenta como una de las pocas instituciones de la sociedad moderna capaces de defender con la Iglesia al hombre por sí mismo; sin subterfugios, sin otro pretexto y por la sola razón de que el hombre posee una dignidad única y merece ser estimado por sí mismo.

Este es el humanismo superior que enseña la Iglesia. El que os ofrece en vuestra tarea tan noble y urgente, universitarios y educadores. Permitidme por ello que os exhorte a emplear todos los medios legítimos a vuestro alcance: enseñanza, investigación, información, diálogo con el público, para llevar a cabo vuestra misión humanística, convirtiéndolos en artífices de esa civilización del amor, la única capaz de evitar que el hombre sea un enemigo para el hombre. (n. 6).

#### — Tareas impostergables

Dirijo *una llamada especial a los católicos*, para que acojan generosamente estas orientaciones e inventen las vías de un nuevo diálogo entre la Iglesia y el mundo universitario, científico y cultural. *La empresa me parece vital para la Iglesia y para vuestras naciones.* En efecto, ¿qué futuro puede esperarse, si el hombre es sacrificado y si se destruye a sí mismo? Solamente la antropología fundada sobre el amor incondicional del hombre y sobre el respeto de su destino trascendente permitirá a las presentes generacio-

nes superar las crueles divisiones y luchar contra las indignidades físicas, morales y espirituales que deshonran actualmente a la humanidad.

Las universidades católicas tienen hoy un papel especial que desempeñar en cuanto a profundizar una antropología liberadora que considere al hombre en su cuerpo y en su espíritu; y pueden entablar un diálogo original con todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Partiendo de su vocación y de su identidad cristiana, las universidades católicas podrán responder eficazmente al gran desafío que tienen hoy día. (n. 8).